

autor, paradójicamente, la convergencia de dos formas de marginalidad que en ocasiones unen fuerzas dando lugar a “una reacción general y espontánea frente al tremendo despliegue de fuerzas de unas estructuras estatales represivas”. En opinión de Georges, hubo allí una “rebelión amerindia con base en la exasperación... pero también con base en una conciencia de identidad étnica y cultura original que lucha contra la empresa seductora de la evangelización y que halla en los proyectos de contra-cultura y contra-sociedad de los filibusteros un aliado oportuno y útil”.

Como puede verse por los análisis sumarios que he hecho del contenido de este libro, está henchido de no pocas sorpresas y revelaciones. Bien prueba Georges Baudot su tesis en el sentido de que “las sociedades creadas por el hombre son hijas de un discurso peculiar, siempre propio e irreductible, de cada una de ellas”. Aplicando esto a nuestro país en su desarrollo durante la época virreinal, encontramos, a través de los casos, personas y situaciones aquí estudiadas, que “el discurso de tres siglos coloniales de México es el de una excelsa originalidad...; era matriz de los tiempos futuros, de los siglos posteriores que estaban al acecho”.

De muy grata y enriquecedora lectura es esta obra que, como las otras que he recordado de Georges Baudot, toca cuestiones clave para una comprensión a fondo del multifacético y cambiante ser histórico de México.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
El Colegio Nacional

Historia literaria de España en el siglo xviii. Edición de F. Aguilar Piñal. Trotta, Madrid, 1996; 1158 pp.

El calificativo del título, explica Aguilar Piñal, corresponde al significado que tenían en el siglo xviii literatura, cultura, ciencia, abarcados en un sólo término. Descontando los efectos de la inercia que deja rastros del siglo anterior, éste, que se opuso tenaz, o tozudamente, a lo que se veía como excesos rústicos del Barroco, encontró en los románticos igual oposición con la misma tenacidad: “La enorme vitalidad literaria de nuestro Siglo de Oro —dice el editor— y el rechazo romántico al siglo xviii fueron factores determinantes para la marginación sufrida por los escritores del Setecientos durante el siglo xix. A finales de esta centuria, tras la valoración realizada por los historiadores... comienza, pese a juicios adversos de Menéndez Pelayo, una etapa de reivindicación”, que se hizo esperar.

Aunque aquí está toda la historia literaria —incluidos medicina, derecho, política, economía, arqueología, arte, viajes, música— buena

parte del tomo se destina a la literatura en su amplio espectro. Se esperaría que filosofía y filología fueran especies de *bookends* entre los que descansa la literatura, a pesar de la indefinición que las caracteriza. Predomina, sin embargo, no como vínculo, sino como peso inevitable, la religión a pesar del descreimiento del siglo, en España más embozado que manifiesto. En su artículo sobre filosofía, comenta Sánchez Blanco que hacia mediados del siglo hubo “un ateísmo teórico y práctico que, sin embargo, se mostró perezoso o temeroso a la hora de dejar testimonios escritos”, y que los críticos del descreimiento y el ateísmo no piensan en “un peligro lejano, sino en algo que observan a su alrededor”. Es evidente, y se comprueba en el artículo de Teófanés Egido —en cuanto a la ambigüedad de lo que se puede catalogar como literatura religiosa—, que “lo religioso invadía prácticamente todos los territorios literarios, porque en esa producción sucedía exactamente lo mismo que en la existencia: a pesar del denuedo de los ilustrados por secularizarla, por separar los dominios de lo natural y lo sobrenatural, esta dimensión era omnipresente”.

La filosofía se presenta como *bricolage*, en donde la modernidad, la influencia de filósofos ingleses y franceses asoma sin cimentarse; por lo demás, cambio —o propósito de cambio— no significa en el siglo y en la disciplina más que conato de innovación (como los nuevos textos para universitarios) con resultados poco lucidos, porque la inercia de la escolástica, el tomismo y la oposición a la modernidad tuvieron más peso que las buenas intenciones —no más— de quienes podían tomar decisiones al respecto.

La filología, con variantes menos marcadas, fluctúa también entre la inseguridad del prestigio internacional que había perdido el español y la necesidad de ponerse a tono con las lenguas dominantes en la academia europea, en especial el francés. Abundan los diccionarios, monolingües y bilingües, gramáticas, métodos de enseñanza de lenguas —incluso las americanas—, tratados y discusiones pseudo-científicas sobre el origen del español. No obstante la novedad y avances que significan gramáticas y diccionarios como instrumentos de trabajo, creo que destacan las especulaciones sobre el origen de las lenguas (en las que con frecuencia la atención se concentra en el vasco, quizá por la misteriosa indefinición de sus raíces) más las reflexiones lingüísticas y culturales a que dieron lugar la necesidad de la traducción y sus problemas. Protagonistas de esa aventura intelectual —en orden diverso de importancia e influencia— Mayans, Hervás con su enciclopedia personal y monumental, y las reflexiones de Capmany sobre la idiosincracia de la lengua. La decadencia del latín en la cátedra universitaria, por la expulsión de los jesuitas que dominaban ese medio y por la poca novedad de los manuales, dejó entrar al español en la ciencia, porque otras lenguas habían ganado en ese campo lo que faltaba a la ciencia y al lenguaje científico en España.

Se desprende de la actitud de los filólogos españoles la necesidad, aun en la comparación poco ventajosa, de encontrar en el español virtudes de las que carecía el francés (para Capmany matices de flexibilidad y amplitud del período). “Como siempre en la filología dieciochesca, el estímulo había sido la defensa y la reacción ante el francés, pero los efectos eran importantes. Se deslindaba, cada vez con mayor nitidez... el léxico común con sus variedades geográficas [de] lo literario y lo científico...”

Entre estas dos disciplinas, cada una en su extremo, se encuentran la literatura de creación y la científica. En la primera conviene destacar los artículos sobre ensayo, teoría e historia literaria, porque, aun prescindiendo de la novedad, son muestras bastante “concretas” de las especulaciones sobre los géneros y temas que preocupaban a sus autores.

La palabra “ensayo” —dice P. Álvarez de Miranda— apareció tímidamente, en el siglo diecisiete, asociado a la obra de Montaigne y en el siglo siguiente abarcó una serie de obras de tipo provisional, que corresponde a los primeros avatares del término en español. La definición, que entró al diccionario de la Academia en 1869, subsistió hasta la edición de 1984, como “escrito, generalmente breve, sin el aparato y la extensión que requiere un tratado completo”. Álvarez cree que la frase añadida en la edición de 1992 (“escrito... constituido por pensamientos de un autor sobre un tema...”) aparte de que ajusta la definición, le añade matices de ‘subjektivismo’, ‘intelectualismo’, sobre lo que no es necesario lucubrar demasiado; curioso es que ante ejemplos pretéritos y actuales, el ensayo siga siendo “generalmente breve”.

Ante la indefinición del género durante el siglo XVIII, lo que cabe en él es tan vario como legítimo: lo que se denomina ensayo —por su naturaleza de ejercicio—, como lo que se denomina discurso e incluso diálogo (que esconde un monólogo, el *Orador cristiano* de Mayans, por ejemplo), la epístola pública, el texto de prensa. Quitando lo que hay de hipérbole, el género parece ubicarse bien en unas líneas de *Los gramáticos* de Forner citadas por Álvarez: “Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de razón, siglo de las luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía. Y yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán...”

Si entramos en la historia literaria, habría que llamarlo también siglo de recuentos. Leyendo el capítulo que dedica al tema José Cebrían, se tiene la impresión de que había llegado la hora de poner en claro cuál era el acervo real de los españoles en el campo de las letras. Las bibliografías no son simples sumas de fuentes, sino “labor de documentación y rastreo, acumulación, compulsión, relación y correcto uso de los datos obtenidos. Los hallazgos bibliográficos, la com-

probación de tal autoría mediante criterios filológicos o estilísticos, la puntual noticia de las obras manuscritas o impresas... constituían la razón de ser de los catálogos o «bibliotecas» estimadas por A. Marcos Buriel como la puerta de toda sabiduría y por Juan Andrés como «una parte principal de la historia literaria»...

Antecedente e inspiración de esos trabajos fue el acervo reunido por Nicolás Antonio en el siglo XVII al que se hicieron adiciones, actualizaciones o se quiso imitar con ejercicios que tuvieron éxito o terminaron en frustraciones. Buena parte de ese afán de recopilación —observa Cebrián— es la apología y la polémica de las que es imposible desprenderlo; es decir documentación, pero también defensa de las letras nacionales contra las críticas de italianos y franceses, en la que no interviene Juan Andrés con su gigantesca historia literaria, desde los orígenes hasta su siglo, evitando los errores de megaproyectos polémicos y proliferos como la *Historia literaria de España* de los Mohedano.

Con énfasis diverso, la palabra que precede muchos artículos es “crisis” (los “ensayos” de Forner entrarían en ese campo semántico) y no falta en la creación: crisis de la poesía, la novela, el teatro —más en contenido que en número. De la primera dice Aguilar Piñal: “sin hacer mención del romancero popular en pliegos de cordel... y excluyendo los manuscritos y poemas de circunstancia, aún queda suficiente materia para intimidar al más estudioso”. No hay, pues, escasez, pero todo trae la marca de su tiempo: didactismo, clasicismo, universalidad, religiosidad, moralidad —lo amoral no llegó entonces a la imprenta, instrumento que mereció un complicado elogio de Menéndez Valdés (“devoraban/ los siglos a los siglos...” y ante la aparición de las prensas “la ignorancia y el error temblaron”, etc.). Aguilar Piñal señala la originalidad de la exaltación poética ante este “invento mecánico”. Pero no fue el único siglo asombrado por la maquinaria; si no recuerdo mal, Quevedo, por ejemplo, se ocupó en sus versos de la imprenta, la artillería, el reloj.

A la inversa de la historia, que se desprendía de los criterios que dominaban en los cronicones (Antonio Mestre, “Historiografía”, pp. 815-882), quizá pueda decirse del teatro y de la teoría literaria que la crisis los encorsetó; pero en esa sujeción de cánones domesticadores destacaron, por fuerza, quienes tenían algo nuevo, riesgoso o cuerdo que decir sobre el asunto (véase, además, el apartado sobre la polémica del teatro en el capítulo “Teoría literaria”, pp. 444-456). Del primero, dice E. Palacio Hernández, que “estuvo mejor servido en sus muestras teóricas que en la praxis dramática”. El nuevo teatro de tipo burgués “no consiguió conectar con el público. El cumplimiento de las reglas daba a la comedia cierta sequedad argumental, muy lejana a la de los gustos generales”. Uno de sus críticos contemporáneos comenta que no se podía encontrar en la comedia “rastros de in-

genio, fuego ni invención; ningún interés, ninguna gracia, ni belleza poética, y sí mucha frialdad, mucha insulsez, mucha pesadez”. Predominó, pues, una comedia de tipo sentimental, que rechazaba todo viso de teratología, teatro con ciertos ingredientes sobreentendidos que marcaron la comedia de capa y espada, pero sin nada de su sazón.

No sorprende que, en teoría, J. Checa Beltrán destaque, para la primera mitad del siglo, a Mayans, Luzán y Feijoo. La novedad, en los primeros, es su “conservadurismo”, un regreso a los clásicos en la teoría y, en la práctica, a lo que para ellos es lo más granado de las letras españolas. Prescindiendo del antibarroquismo que define esos gustos, es preciso reconocer que la obra de uno y otro son grandes síntesis eruditas no carentes de los matices impuestos por su visión particular, pero sin el fervor —o la polémica marcada por el individualismo— que los “teorizadores” del Barroco imponían al tema, quizá porque también eran practicantes de lo que preconizaban (Lope con su *Arte nuevo* o Jáuregui con su *Antídoto*, por ejemplo). Feijoo es de otro costal; ensaya su opinión sobre la estética en textos sobre el buen gusto y la naturaleza del arte, pero así como no es teórico de la literatura, tampoco es sintetizador del clasicismo ni redentor de la mejor poesía española.

Dejo los ensayos sobre ciencia para los entendidos; lo que se advierte en ellos es que las novedades entran tarde y con dificultades. No sorprende, pues, que la obra más influyente —con inspiración más “newtoniana que escolástica”— haya sido *Institutiones philosophicae* (nueve ediciones) del clérigo F. Jacquier, hecha con la “pretensión de armonizar las consecuencias de la ciencia moderna con el dogma cristiano” (p. 974); ni que el traductor de la *Historia natural* de Buffon censurara “la obra original para no herir a los lectores y respetar la ortodoxia religiosa” (p. 985).

Entre ese avance con frenos, no falta cierto humor, en arqueología por lo menos, disciplina que se practicaba con imaginación e ingenuidad. Feijoo inventó un arqueólogo que averiguaba sobre las ratoneras usadas por los antiguos —aludiendo a uno muy concreto, el italiano Giacomo Martorelli— “quien, tomando como objeto de estudio lo que decidió era un tintero de la época de Augusto, escribió dos gruesos volúmenes sobre la historia del tintero y la tinta en la antigüedad” (p. 887).

Al terminar la lectura, es de preguntar si habría convenido incluir algo más concreto sobre educación, tema que es necesario espigar en los artículos; esas alusiones se refieren a medidas gubernamentales no muy fructuosas, a textos recomendados o censurados, a los criterios que procuraban innovar o fuerzas que aconsejaban conservar. Aun cuando se haya escrito ya sobre el tema, y a pesar de que éste es un libro de “historia literaria”, no estarían de más algunas páginas concisas e ilustrativas; para otra edición, quizá.

Ante la necesidad de cubrir toda la información posible de ese centenar de años, los estudios son algo enumerativos; entre líneas se inserta la crítica, la descripción, la observación. No lo anoto como defecto; en esa inevitable enumeración hay datos importantes, secuencia histórica de los pormenores de cada tema, referencias cruzadas no premeditadas ni anotadas, en las que aparecen, en la diversidad de su obra, los protagonistas de ese siglo.

Hace mucho que se esperaba un libro como éste (será, sin duda, uno de consulta obligada), bien elaborado, bien impreso, cuyas escasas erratas, inevitables en tantas páginas, nada cuesta pasar por alto.

MARTHA ELENA VENIER
El Colegio de México

JOHN E. VAREY, *Cartelera de los títeres y otras diversiones populares de Madrid: 1758-1840*. Tamesis, Madrid, 1995; 491 pp. (*Fuentes para la historia del teatro en España*, 8).

John E. Varey es un nombre fundamental (en ocasiones con la compañía de Shergold y otros colaboradores) para el conocimiento del teatro español de los Siglos de Oro, sobre todo desde su perspectiva escénica. Su extraordinaria colección de *Fuentes para la historia del teatro en España* es la referencia obligada para todo aquel que quiera saber algo sobre la realidad del teatro. Durante largos años ha trabajado de una forma exquisita, con paciencia interminable y rigor crítico para darnos un universo de documentos, datos y referencias de innumerables fuentes.

El tomo 8 de esta colección tiene que ver con uno de los primeros trabajos de Varey: *Historia de los títeres en España (desde sus orígenes hasta mediados del siglo xviii)*, Madrid, 1957. Ese estudio concluye precisamente en 1758 por haber empezado a salir en Madrid el *Diario de Madrid*, fuente rica en datos sobre el teatro y otras diversiones. La serie de investigaciones en archivos y otras fuentes similares dio por resultado los distintos volúmenes de la colección de *Fuentes*, cuyo tomo 7 apareció en 1972 y está dedicado precisamente al mismo período: 1758-1840 y a los títeres y diversiones populares, que el que ahora nos ocupa. Este libro es entonces el complemento de aquél, ya que registra las carteleras del *Diario de Madrid*, las cuales, por tratarse de un tipo de fuente distinta, no habían sido consideradas en el tomo 7.

En su introducción, Varey revisa los distintos tipos de diversiones populares: marionetas, títeres (de palos y de guante), autómatas, máquinas ópticas, diversiones científicas y pseudocientíficas, juegos de